

DESDE ESPAÑA

Amelia Valcárcel: una filósofa y feminista ilustrada en la era mundial

María José García Oramas

Entrevisté a Amelia Valcárcel en la ciudad de Madrid, en diciembre del 2011. Filósofa y feminista, pertenece a la generación de mujeres que ella misma nombra como *las rebeldes*, quienes en el contexto del posfranquismo español, en alianza con las mujeres del PSOE (Partido Socialista Obrero Español), impulsaron las políticas de igualdad vigentes a partir de los años 80, que han transformado la legislación del país garantizando las libertades y los derechos civiles, sociales y políticos de sus mujeres.

Retomando los postulados de la Ilustración, Amelia Valcárcel defiende un feminismo contundente, *duro y puro* como suele decirse en España, en el sentido de trabajar a fondo por la agenda de los derechos de las mujeres para la promoción de la igualdad.

Con diversas compañeras de pensamiento y de batalla, destacadamente Celia Amorós, irrumpieron en el escenario de la transición española bajo el lema: *no hay nada más práctico que una buena teoría*, defendiendo el feminismo como una agenda y lucha política hacia la igualdad de oportunidades y de derechos para las mujeres. Así, desde los años 70, ha trabajado en España y en diversos países del globo, luchando por las mujeres en múltiples frentes: en las universidades, los parlamentos, los espacios culturales, los movimientos sociales.

La entrevistamos en torno a dos temas fundamentales: el feminismo en la era mundial y la formación de feministas en este contexto.

María José. Amelia, usted defiende la idea de un feminismo global, ejemplificándola como un libro abierto en distintas páginas. Mi pregunta es si realmente es posible concebirlo así. ¿No hay fronteras en el feminismo? Lo digo porque hoy en día casi nadie habla de un solo feminismo, sino de múltiples feminismos. Personalmente en mi experiencia académica, he compartido con feministas de diversos lugares; en Estados Unidos, por ejemplo, donde era muy claro que las feministas de este país estaban

atravesadas por diferencias de raza (blancas y afroamericanas, chicanas, etc.); en México, por diferencias de clase (académicas, mujeres en movimientos populares); en Europa, por ideologías (diferencialistas, universalistas). En fin, ¿cuál es su opinión sobre esto?, ¿existe un feminismo global con una sola agenda o múltiples feminismos con agendas convergentes en ciertos puntos y divergentes en otros?

Amelia. Si bien es cierto que la realidad es múltiple en cualquier aspecto que la tomemos, el problema del feminismo global no es la multiplicidad de grupos ni de las adscripciones que tengan, ni si se dan fronteras entre ellos siendo como suelen ser muy poco poderosos, sino que el problema gravísimo es que el planeta todavía no vive al mismo tiempo y que hay enormes regiones en la Tierra donde la palabra feminismo no sólo no se usa, sino que la idea de que una mujer pueda tener una individualidad que habitar no está recogida en sus tradiciones.

El problema más fuerte para el feminismo global no es que unas mujeres digan yo soy X o yo soy Y, puesto que eso pertenece a la dinámica de grupos, según lo aprendimos en la psicología social. No es tanto eso; el problema son otras fronteras civilizatorias fortísimas. Por ejemplo, no en todas partes, pero en algunas, tenemos que la situación de las mujeres es especialmente difícil, como puede ser en países emergentes como India; o en lugares sumamente poderosos como China; o en lugares donde están todos los recursos energéticos del planeta, como la península Arábiga. En la mayor parte de Asia y Africa, nacer mujer es un pasaporte directo a una vida abyecta. Entonces, el problema del feminismo global es que es un salto cualitativo que sólo se da si el propio planeta globaliza contenidos de valor, y eso no es una empresa fácil.

A lo que me refiero con esa comparación es a que el feminismo está abierto por diversas páginas. Quiero decir que tiene una agenda global; que en algunos lugares ya parte de esa agenda está cumplida, pero en otros están por lo primero, es decir, en algunos lugares casarse por propia inclinación no es posible, y esa fue la agenda del siglo XVIII en Europa. O sea, que no vivimos en un mismo tiempo y, aunque parece que las técnicas nos unifican, los valores demuestran claramente las separaciones, y los valores tienen la mala costumbre de crecer sobre la espalda de las mujeres.

María José. Hablando de vivir en tiempos diferentes, España ha logrado a los ojos del resto del mundo, sobre todo de América Latina, un logro que me parece impresionante para el feminismo y que ha sido vincularlo con la agenda política.

Amelia. En efecto, durante un tiempo.

María José. La pregunta es ¿cómo lo lograron?

Amelia. Bueno, sí sé cómo se hizo, lo que no sé muy bien es cómo se sigue. Es que a veces de la mala fortuna hay que sacar algo, y aquí teníamos una dictadura que nos había conducido a un Estado prácticamente teocrático o semiteocrático. En ningún país de América Latina ese tipo de cosas se conoce, porque hay una tradición distinta y, si bien ha habido Estados autoritarios, no han sido semiteocráticos. En España, la Iglesia ocupó enteramente el paisaje simbólico y para las mujeres esto no fue nada bueno.

Yo creo que al feminismo español la dictadura le enseñó bastante sobre el sentido común, porque nos permitió comprender que lo que había que reformar eran las leyes, puesto que estaban vigentes los códigos napoleónicos. Hasta los años ochenta, las mujeres no tenían patria potestad, y por ende un marido podía dar en adopción a sus hijos sin el consentimiento de la madre. Cuando estamos hablando de cosas tan fuertes como estas, digamos que tienes un aterrice de sentido común: hay que cambiar las leyes y, para ello, obviamente tienes que acercarte a quien puede hacerlo, que son las fuerzas políticas.

En España hubo un feminismo radical fuera de los partidos políticos fuertes; de hecho, yo pertenecí a él... Fuerte en el sentido de que teníamos muy buen talante; como sea éramos cuatro gatas, de angora, eso sí. Entonces, cuando sales de aquello acaba produciéndose una convergencia, a mi modo de ver muy exitosa, de mujeres que estaban en partidos socialistas y mujeres que venían del feminismo independiente y que, cuando se ponen de acuerdo en los años 80 cuando empiezan los gobiernos del PSOE, cambian todos los códigos civiles y penales, despenalizando también el aborto. Esto se debe también a la labor, que yo creo que fue buena y generosa, de mujeres dentro del PSOE, quienes logran que el partido tome al feminismo como una de sus marcas. Entonces surge lo que es la cuota del veintitantos, y después ya empieza un camino juntas que ha dado bastantes resultados, pero no tantos como se cree, no tantos como para que esos resultados no peligren con un cambio de gobierno como el que está ocurriendo ahora (justamente por estos días el partido de derecha, PP [Partido Popular] ha ganado las elecciones presidenciales y la mayoría absoluta en las cámaras y ayuntamientos de España).

Esto es una cosa que tenemos que tener en cuenta, porque a la gente más joven, y yo lo sé porque hablo con ellas, se les ha hecho fácil decir que existe un feminismo institucional y que ellas están más allá de eso. Pero, de

nuevo, lo que ocurre es más bien dinámica de grupos que otra cosa; es decir, una posición unánime es casi imposible. No la hace nadie en ningún sector de la realidad, y no creo que nosotras estemos especialmente mal ni bien en este aspecto, sino que, simplemente, como en todo grupo, armonizar propuestas es muy difícil, y armonizar a la gente para que vaya en la misma dirección también lo es. Siempre hay gente que se escapa por los bordes, porque considera que está más adelante o más atrás del cuerpo principal, pero lo importante es que avance el cuerpo principal.

Yo tengo mis severas dudas de que, por ejemplo, las mujeres conservadoras en España, quienes a pesar de haber utilizado evidentemente todos los avances que se han conseguido, por ejemplo, para estar en los parlamentos, tengan la intención de llevar adelante una agenda feminista. Y tengo estas dudas porque, si tengo dudas respecto de aquellas a quienes conozco, ¿cómo no las voy a tener de otras personas a quienes he pedido varias veces que se manifiesten en temas muy sensibles y no han querido hacerlo? Eso también me preocupa bastante, sobre todo en las circunstancias actuales.

Respecto a cómo se ve España en América, eso está bien por una parte, porque aunque la Madre Patria tiene un crédito digamos tambaleante, por decirlo de alguna manera, en el sentido de que a veces tiene crédito y a veces lo pierde, siempre está bien que se tenga cuando uno pertenece al mismo sitio. Yo mantengo, contra toda evidencia según me dicen, que a uno y a otro lado del mar pertenecemos exactamente a la misma cultura, que nuestras diferencias son poquísimas en comparación con lo que se comparte. Entonces, somos los mismos de uno y otro lado del mar, y suelo hablar en términos de la constitución de 1812. Así que está bien que a la "Madre Patria", entre comillas, como se dice en algunos países, le vaya bien porque eso anima a la gente a que también ahí lo puedan hacer. Es decir, ¿por qué nosotros no vamos a poder si allí se puede?

Pero, a mi modo de ver, en estos años de gobiernos socialistas, si bien se ha hecho mucho, debió haberse hecho muchísimo más para apoyar los movimientos feministas latinoamericanos. Yo lo he intentado con todas mis fuerzas y he encontrado a veces apoyos, he encontrado a veces recursos, porque creo que, cuando se tiene la oportunidad de hacer una cosa, hay que hacerla absolutamente a fondo.

Para mí, desde luego es una alegría cada vez que hay un congreso o una nueva reunión en Iberoamérica y que ello funciona, puesto que mi capacidad de interferir en lo que pasa en China es muy pequeña, muy limitada, igual que lo que pasa en el Punjab o en Pakistán. Pero, entre las que estamos en

un mundo que es prácticamente el mismo, pues esa es la prueba, ¿no? La que te dice si puedes hacer una cosa o no, y yo creo que en América Latina se han producido bastantes avances, aunque cada persona me dirá. Pero lo que sí me extraña es que en muchos países se esté hablando de paridad en los gobiernos cuando todavía falta un gran tramo en algo tan evidente como los derechos sexuales y reproductivos. Parece como si la agenda estuviera dispuesta a conceder lo mayor antes que otra cosa. Y también me preocupa mucho la enorme entrada que las ideas fundamentalistas tienen en América, porque a mi modo de ver eso va a frenar las libertades individuales de las mujeres.

María José. Cierto, hablando de México, hay una enorme preocupación por el avance en los derechos reproductivos y por el clima de violencia que prevalece en el país.

Amelia. Sí lo sé, he hablado de esto con la gente y no me gusta nada.

María José. El clima de violencia también afecta seriamente a las mujeres, ya que la tasa de feminicidios, de trata de mujeres y de prostitución infantil ha aumentado tanto que México ha pasado a ocupar el deshonroso segundo lugar en el mundo con este problema. Pero nadie habla de esto; hablan del narcotráfico, pero hay pocas voces que reclamen y señalen estos problemas con la crudeza que tienen las chicas desaparecidas, luchadoras sociales perseguidas...

Amelia. Y asesinadas, lo sé y, desde luego, absolutamente. Cuando en una sociedad no hay seguridad, los que no pueden defenderse están mucho más inseguros, pero en México tenéis gente muy valerosa denunciando esta situación. Ahí mi postura es que, mientras el consumo y venta de sustancias llamadas drogas sea ilegal, no hay manera de que no exista una terrible economía ilegal que está demostrando que es más fuerte que muchos Estados. Hay Estados, particularmente los centroamericanos, que no creo que puedan resistirse a los grandes lobbies del tráfico, y el tráfico siempre es el mismo, porque las armas siempre bajan del norte hacia el sur, la droga sube del sur hacia el norte y el tráfico de mujeres sube del sur hacia el norte. Los intercambios son siempre los mismos, y esto es endemoniado.

Por lo tanto, sabiendo la dificultad de mi postura, mi posición es que hay que conseguir que personas de determinado relieve se comprometan en un trabajo serio por la despenalización de las llamadas drogas, de tal manera que esa terrible economía se vea sin fondos, si es posible a mediano plazo. Me consta que esto es difícilísimo, porque naturalmente los interesados son los que viven de esa economía.

María José. En este caso, no sé si has escuchado que los narcotraficantes dicen que el negocio de las mujeres es más lucrativo que el de las drogas, porque la droga la vendes una sola vez y a las mujeres las vendes muchas veces.

Amelia. Pero es que todo va junto: cuando montas el canal de comprar armas y las bajas, y vendes drogas y vendes mujeres desvalidas, tienes que cortar el consumo. Pero bueno, también nosotros tenemos aquí un tráfico criminal con mujeres de países del este al sur de Europa que es brutal, o sea que, quien no quiera verlo, es que no abre los ojos. Y ¿cómo se corta el tráfico de mujeres? El asunto es clarísimo: hay que penalizar el consumo. Es curioso que en Estados Unidos, por ejemplo, en el caso de la droga sí se penalice el consumo para cortar el tráfico de estupefacientes, pero en el de las mujeres se diga que eso no corta el tráfico de mujeres. Me parece por lo menos raro que se piense que lo que sí va a mejorar una cosa no mejore la otra, porque lo que yo creo es que, si penalizas el consumo del servicio sexual, pues también evitarías el tráfico de mujeres. Pero claro, es como si hubiera un sentimiento general en buena parte de la sociedad de que los varones sí tienen derecho a comprar sexo con dinero porque lo necesitan. Es como si no tuviera envés; es una cosa que tiene que existir y es tremendo, porque cada vez que intentas quitar eso te encuentras realmente con el núcleo duro. Para mucha gente, incluso mujeres, la prostitución no siempre es mala, puede ser llevadera.

María José. Sí, hay diversos movimientos de mujeres que reivindican el trabajo de las llamadas sexoservidoras y lo que buscan, por lo menos a corto plazo, no es erradicarlo, sino más bien que se lleve a cabo en condiciones dignas: en buenos espacios, sin persecución policiaca, con atención a la salud, etc.

Amelia. Pudiera ser, pero en todo caso no es desde el punto de vista desde el cual yo estoy mirando el fenómeno. Estoy convencida de que, si bien los condenados a galeras pedían mejores condiciones de trabajo, era porque no podían decidir sobre su condena, pero el trabajo en galeras es una barbaridad en sí mismo. También, cuando se abolió la esclavitud, algunos esclavos lloraban al no saber qué hacer, pero ¿con qué te quedas?, ¿de qué estamos hablando cuando se habla de tráfico en grandes números de mujeres forzadas y sin límites de edad? Es que no quiero ni pensarlo.

María José. Esta postura es parte del feminismo *puro y duro* español, como también lo piensa Celia Amorós.

Amelia. Sí, son temas en los que he reñido con las llamadas sexoservidoras, pero tengo que reñir porque quienes representan a colectivos de

esa naturaleza las representan como personas que con la mejor voluntad lo que quieren es mejorar sus condiciones de vida, y entonces llevan muy mal que presentes una postura absolutamente cerrada ante el fenómeno, porque piensan que realmente te falta compasión o algo parecido. Pero claro, es que para mí es como la física que tiene conceptos que cuando nos los aprendíamos parecían bastante extravagantes, pero nos ayudan. Por ejemplo: sólo si una fuerza se aplica y produce movimiento, entonces se produce trabajo; pero, si aplicas toda la fuerza del mundo a aquello que no se mueve, el trabajo no existe. Es un concepto corrientísimo de la física que se aprendía y que es antiempírico, pero así es el problema de la prostitución. El hecho de que para algunas personas se convierta en un modo de vida no implica que sea aceptable tal modo de vida. Ese modo de vida no sólo prostituye a quien está prostituida, sino a todas las demás que no lo están; entonces, ahí es de alguna manera medir derechos. En un mundo perfecto que no existe, esto es de Rousseau, nadie tendría que comprar a otro y nadie tendría que venderse a otro. Es un problema de libertad, así que imaginar que la prostitución es una actividad no forzada que funciona con el consentimiento de las mujeres es no mirar que realmente se trata de un problema de esclavitud.

María José. Hablemos ahora sobre educación y formación en el feminismo. Así como está en boga hablar de feminismos y no de feminismo, también lo está hablar de teoría de género y no de feminismo. Tú has afirmado que ello es de alguna manera suavizar, despolitizar o desideologizar el feminismo.

Amelia. No, yo creo que el género es una categoría analítica, y se pueden hacer estudios de género sin ser feminista. Por ejemplo, si yo me intereso en saber si existe una brecha salarial en función del género, puedo estudiarla y llegar a la conclusión de que sí existe. Pero si digo que eso es inaceptable, entonces soy feminista. Si sólo lo estudio y digo: la brecha es de 80%, por ejemplo, lo que he hecho es un estudio con una variable de género sobre una disparidad que está ocurriendo. El feminismo es una agenda política.

María José. Por ahí va la pregunta: entonces, ¿cómo se forma a un(a) feminista? ¿Es un proceso espontáneo y hay que esperar a que se dé una conciencia individual?

Amelia. Me parece una pregunta difícilísima. Yo creo que existe un cierto feminismo difuso en todas las democracias y no así en las autocracias, porque en las autocracias la idea de igualdad no está muy extendida y, por lo tanto, como el feminismo funciona por esta idea, sin ella no florece bien.

En las democracias, un cierto feminismo siempre está presente, digamos, en el ambiente. La mayor parte de la gente intenta convivir con una tasa de feminismo menor que no le resulte especialmente enojosa. Pero ¿cómo se hace alguien feminista? Las personas que tienen un agudo sentido de la justicia por lo general tienen atisbos feministas más evidentes. Estoy pensando, por ejemplo, en gente como Stuart Mill, que en el sentido de justicia era pragmático, ¿no? Ayer de nuevo me leí su discurso de 1867 reclamando la entrada de las mujeres al derecho de voto. ¡En 1867, en el parlamento! Es decir, no estaba simplemente leyendo una carta como un ciudadano en la calle, sino ante el parlamento británico, ante aquellos señores, contándoles que las mujeres deben de tener derechos políticos. ¿Por qué? Pues porque tiene un agudo sentido de justicia y además está en un círculo que de alguna manera se lo refuerza también; en este caso, gente como Harry Taylor y todos los reformistas.

A veces también es un sentimiento individual. Es que el sentido de justicia, si no se vive emocionalmente, no funciona. Ya lo decía Spinoza: es cuestión de ética, y ninguna idea que no se transforme en pasión es capaz de movernos. Y es que las ideas para funcionar tienen que conectar con la pasión, y lo que pasa es que muchas injusticias contra las mujeres son tan evidentes que yo creo que es cuestión de pasión.

En una democracia, como te digo, está en el ambiente. Si hay cosas que la gente veía bien sobre lo que se hacía a las mujeres hace 100 años, ahora no las soportaría. La gente va subiendo el umbral de lo que considera aceptable en cuanto a lo que se les puede hacer a las mujeres, y en todo ello hay un camino que no retrocede tanto como otras cosas, porque estoy hablando directamente de crueldad, de acciones crueles.

Si aquí, por ejemplo, le cuentas a alguien cómo se trata a las viudas en una región rural de India, pues claro que todo el mundo se siente muy tocado, pero han podido pasar aquí cosas muy parecidas hace un siglo.

María José. Pero, entonces, ¿no se sensibiliza hacia el feminismo? Es decir, ¿cada quien lo va a ir encontrando conforme se vuelva sensible hacia la justicia?

Amelia. A ver, me preocupa porque volvemos hacia la dinámica de grupos. Sí, pero hay unidad de acción. ¿Dónde? En los grandes números, que es donde importa. Y ¿dónde se manifiestan? En las leyes, que es donde la gente piensa si está bien o está mal, que es donde importa. Y ¿qué ha sucedido? Pues que los cambios en la conciencia colectiva son progresivos, aunque pequeños, pero de momento no han dado nunca un paso atrás. Sin

embargo, en la actualidad son preocupantes ciertos casos de sociedades donde eso puede ocurrir. Véase Irán, que ha pasado de un proceso de lo que llamaríamos occidentalización a otro en el que, por la civilización iraní, los derechos de las mujeres retroceden de una forma palpable, y las sociedades acaban aguantando eso; por ejemplo, al ver en la televisión a mujeres golpeadas en las marchas colectivas solamente por defender sus derechos civiles. El retroceso es posible, como cuando se exagera el nacionalismo, como ahora en esos países que son el tema de las llamadas primaveras árabes. A ver si ahora más que primaveras van a ser inviernos.

María José. Retomando el tema de la situación actual, pasemos a la última parte de esta entrevista, que se refiere al feminismo frente a la crisis del capitalismo neoliberal.

Amelia. Bueno, pero ¿quién dice que el capitalismo neoliberal está en crisis? Yo creo que está provocando una crisis bastante considerable, pero que él esté en crisis no se le nota... Mientras dure el proceso de globalización, se producirán sistemáticamente los movimientos que estamos observando ahora. Y sucederá muchas veces, porque, si tú tienes un trillón (que tiene muchos ceros) de euros corriendo por los mercados mundiales todos los días, pues es muy difícil de frenar y, por lo tanto, producirá crisis financieras como la que estamos viviendo ahora. Y, si no se traslada en un crisis productiva, que no se ve que vaya a pasar, yo no creo que eso signifique que el capitalismo liberal esté en crisis, sino que la economía financiera actual provoca crisis igual que las provocó en el siglo XIX y que las contó muy bien Ricardo.

María José. De todas maneras, seguramente le va a seguir afectando prioritariamente a las mujeres, porque, como decías, son las más desprotegidas.

Amelia. A todos a quienes no puedan enfrentarlas, o sea a todos menos a los dueños del mercado: si no tienes dinero, si no tienes empleo, si dependes de otro.

María José. Pero eso también se ha discutido bastante, que al final las crisis acaban afectando siempre a los mismos. Se cruza clase, raza y género; es decir, mujeres pobres e indígenas.

Amelia. Bueno, aquí en Europa los indígenas somos nosotros desde hace dos mil años, más o menos. En Europa no hay el problema que hay en América, en la América española, llamémosle así a la América Latina, porque en el norte los indígenas están en las reservas, y es la América española, por el contrario, aquella que, pese a todo, en algunos lugares más que en otros, tiene una población indígena más grande, y luego Canadá un poquito. Pero en Asia también, por ejemplo, tenemos a China que está invadiendo el Tibet

con toda una población china de la etnia Han, donde la población tibetana se está quedando absolutamente aislada.

El asunto es que aquí no tenemos eso. Podemos tener un problema multicultural con la población emigrada que nos viene, no precisamente de América, con la cual formamos una sociedad multiétnica pero no multicultural, sino con la población que viene del norte de África y de los países del Sahara, donde ahí puedes tener que, por ejemplo, si vienen de la religión musulmana no son multiétnicas, pero sí multiculturales. Yo no sé si estas poblaciones son más débiles frente a las crisis financieras, me imagino que sí; es decir, ante un problema de recesión económica, quien tiene obviamente los peores trabajos pues sí tiene los primeros boletos para que les afecte a ellos.

María José. Sí, porque estamos viendo en África, por ejemplo, una crisis alimentaria sin precedentes. Mientras ese trillón va jugando ahí por el mundo, tenemos empobrecimiento total, hambrunas, y eso sí que es una locura.

Amelia. Probablemente, pero ¿cuál es la solución?

María José. Se supone que las mujeres tendríamos que aportar una solución diferente...

Amelia. Bueno, pero ¿es que todos los problemas planetarios los tiene que resolver el feminismo? ¿Así como estamos de jorobadas tendríamos que tener una solución para parar al trillón? Es una petición excesiva. ¿No basta con tener claro que hay un trillón? Tenemos que ir aprendiendo poco a poco. Para curar al enfermo, primero hace falta el diagnóstico; curar al enfermo es una segunda parte. Es cierto que el afán globalizador en el feminismo siempre está presente para entender lo que ocurre, pero ello es distinto al hacer. El problema es que tenemos un mundo global con un trillón que corre todos los días y que no se para en nada, porque se ha inventado un mercado de futuros que permite ya hacer paquetes financieros asombrosos y que pone en riesgo a muchos lugares y a mucha gente.

No digo que el feminismo sea un trabajo parcial; no lo es. Siempre ha sido universal y se ha interesado por realidades distintas: siempre vemos a la misma gente luchando por los derechos civiles; luchando contra las más evidentes lacras sociales; el feminismo sirviendo como un muro de protección a las mujeres ante los problemas globales, pero creo que no debemos forzarnos más allá de donde nuestras posibilidades de acción nos dejan en efecto actuar. Hay que saber qué se puede llevar a hombros y por cuánto tiempo. Esto es útil, más que nada por prudencia, por pura prudencia ●